

gando los brazos.—¡No, esto no debería!... ¿Por qué me causa usted tanto dolor en este momento?

—¡Oh, señor Celzani! ¿Qué es lo que ha creído?—preguntó en un arranque la maestra lanzándose hacia él.

Una música de alegres voces resonó en aquel momento en la antesala, y un grupo de maestras vestidas de gala y sonrientes, penetró en el saloncillo, y fijándose apenas en el secretario, rodeó á la Pedani, formando alegre coro de saludos y de exclamaciones.

Eran sus compañeras que venían á buscarla para llevarla al Congreso; era su pasión, el mundo, la gloria, que la arrancaban para siempre, al Administrador, que hasta el consuelo del último adiós le arrebataban.

Don Celzani echó la última mirada de adoración, pura en aquel momento, á aquella hermosa criatura á quien jamás volvería á hablar, y tragándose las lágrimas, salió sin ser visto.

XXX

Celebraba sus reuniones el Congreso en el Palacio Carignano, en el aula todavía intacta del antiguo Parlamento subalpino.

Había quizá aquel día más de trescientos congresistas, entre maestras y maestros, esparcidos sin orden por los escaños revestidos de terciopelo, pocos de los cuales estaban vacíos.

Un nuevo espectáculo ofrecía aquel lugar ilustre, donde había resonado la voz de los más grandes campeones de la revolución de Italia en los momentos más terribles y más gloriosos de nuestra historia, ocupado ahora por una multitud de maestros elementales que en su aspecto y en sus trajes representaban también todas las clases de la sociedad. No se prestaba, sin embargo, á la sátira la confrontación, porque hacía pensar que el Parlamento italiano se hallaba entonces muy lejano, en una ciudad donde pocos años antes

tura, finalmente la encontró, sufriendo una sacudida, en uno de los bancos más altos de la derecha donde solían sentarse los Massari, los Boggio y los Lanza la patrulla más fiel del gran ministro. Ocupaba un sitio próximo á la gran ventana, en medio de la bandada inquieta de maestras que habían ido á buscarla á su casa y que formaban en torno suyo una escolta de honor.

La luz del sol que entraba por la ventana iluminaba toda la parte derecha de su hermoso cuerpo apretado en el vestido negro. Tenía papeles delante, hablaba con las del lado, parecía algo agitada.

El secretario apoyó un puño sobre otro en el antepecho, puso sobre ellos la barba, y así se quedó inmóvil, mirándola, confortado por una última esperanza: que siquiera una vez, al levantar los ojos hacia aquella parte se encontrase con su mirada. Hubiera sido el último adiós. Luego, todo se hubiera acabado. No se cuidaba de nada más.

Como, al entrar, no había mirado siquiera aquella aula histórica que nunca había visto, así no oyó ni una palabra siquiera de los discursos que se pronunciaban.

La discusión giraba todavía sobre el tema que había sido tratado el día antes; sobre la

oportunidad de introducir en las escuelas los ejercicios del trabajo manual. Había hablado primero, con gran dulzura una maestra veneciana, exponiendo cómo se ingenió para inventar la manera de hacer cestitos con lazos de papel; y un ensayo de su trabajo circulaba de mano en mano por los bancos donde las maestras probaban á rehacer el trabajo.

Después habló un maestro calabrés, con una voz cantante y lamentosa, mostrando una gran cesta llena de trabajos hechos en su escuela, entre los que se veía también un par de zapatos.

Después, habiendo hablado algunos oradores disidentes, la discusión se había acalorado y exacerbado.

Una hermosa maestra que hacía de secretario, tuvo que leer una parte del acta de la sesión anterior.

Veíase en un banco de la extrema izquierda una serie de jóvenes maestros lombardos, atrevidos y batalladores, que el presidente, con toda su paciencia sacerdotal, no lograba aquietar.

Dos maestros de la parte opuesta del aula cambiaron entre sí palabras acres:

En suma: una gran parte del tiempo se

iba en cuestiones de régimen parlamentario, los oradores sentían el influjo del aura política de la sala, hablaban con demasiado énfasis, y mostraban un amor propio exageradamente excitable.

Don Celzani se distrajo un momento al oír una gruesa voz, que gritó solemnemente:

—¡Los representantes de Milán no tienen ningún mandato imperativo!

Luego le sacó de su contemplación una salva de aplausos tributada á una maestra, que, con voz de soprano, había dicho que si se hubiera adoptado el trabajo manual en las escuelas, hubiera sido muy justo un aumento proporcional en los sueldos.

Vino luego nuevo desorden, y por último, un maestro chiquito y gordo, con pocas palabras, lúcidas y llenas de buen sentido, puso paz en los espíritus, y el presidente pudo poner á votación una orden del día.

Doscientos brazos se levantaron, entre los que veíanse muchísimos guantes de mujer abotonados hasta el codo. Un aplauso siguió á la votación, y se pasó á otro tema que era: *Modificaciones que deben proponerse en la enseñanza de la gimnasia.*

El anuncio del tema hizo dar á don Celzani un salto nervioso, porque creía que la

Pedani hablaría en seguida. Y al volver la vista á aquel lado, vió comparecer en la tribuna de frente, encima precisamente de la cabeza de la maestra, la cara sonriente del ingeniero Ginoni.

Su espectación sufrió un desencanto.

Hablaron antes otros maestros y maestras.

La discusión, desde el principio, se llevó con mucho desorden sobre la parte técnica del asunto, á cuyo fin se despilfarró una fraseología técnica, que los profanos no entendieron absolutamente nada, sintiéndose el choque de las dos escuelas, y los nombres de Bauman y de Oberman proferidos en medio de gran tumulto, dominado momentáneamente por cavernosa voz, que gritaba:

—¡Turín, que fué la cuna de la gimnasia, será su tumba!

Un maestro reclamó la atención del Congreso sobre la oportunidad de reformar el lenguaje, no bastante italiano, del reglamento de gimnasia, exponiendo el parecer de que se propusieran ciertas cuestiones á la Academia de la Crusca.

Don Celzani creía que el maestro Fassi hablaría, y en efecto, él se agitaba, aprobaba y desaprobaba violentamente, gritando:

—¡No! ¡Jamás! ¡Esta sí que es gorda! ¡Un poco de buen sentido! Pero no pidió la palabra.

Un maestro de gimnasia demostró la necesidad de mejorar las condiciones de sus colegas que eran pagados por el Gobierno; pero sin tener ninguno de los derechos de los demás empleados, que se encontraban en un estado precario, sometidos á los directores de los liceos y de los gimnasios, los cuales abrían el curso tarde, y no les admitían, como hubiera sido de justicia, en las Comisiones para las exenciones, concedidas casi siempre á capricho, y no les apoyaba en punto á disciplina.

Por consiguiente, la discusión se embrolló, enardeciéndose otra vez en una controversia de método, en la cual se oyeron acen- tos de todos los rincones de Italia.

El secretario comenzaba á temer que la Pedani no hablase ya, y se preparaba con grande amargura á renunciar al voluptuoso placer de oír su voz, de ver aplaudido y honrado su ídolo, de llevarse consigo su propia desesperación, casi dorada por un rayo de su gloria.

Cada maestro nuevo que hablaba, le apu- raba que no terminase cuanto antes, pare-

cíale que prolongaba de intento su martirio, y contaba sus palabras temblando.

Finalmente, después de un breve discurso de una maestra toscana, que se hizo aplau- dir citando para vergüenza nuestra la pe- queña Bélgica, donde se ofrecían veinticinco mil pesetas de premio al autor de un buen libro sobre la gimnasia, el presidente dijo en alta voz:

—Tiene la palabra la señorita María Pe- dani.

Don Celzani dió un salto, como si se viera envuelto en las llamas.

Corrió primero un sordo murmullo, prodú- jese luego un gran silencio, el cual signifi- caba que la maestra era conocida por su fama, y el discurso, esperado; todos los sem- blantes volviéronse hacia ella.

Al verla en pie, erguida, con todo el busto sobre el banco de delante, alta y poderosa, con hermosa fisonomía oval, pálida, pero re- suelta, se oyó nuevo murmullo, como comen- to favorable á su figura, que pronto cesó. Un segundo movimiento de estupor despertaron las primeras notas de su voz bella y extraña, casi varonil, pero armoniosa, que correspon- día perfectamente á su cuerpo vigoroso y es- belto.

Comenzó por decir que ninguna mejora se conseguiría, bien en la aplicación de la gimnasia, bien en la condición de los maestros, si al Gobierno, á los municipios, á todas las autoridades no se les hiciera sentir antes, como en otros países, la fuerza imperiosa de la voz de la nación, profundamente persuadida de los beneficios de aquella enseñanza y firmemente resuelta á quererlas. El primer deber de todos, y en particular de los maestros, era por consiguiente hacer propagar la de aquella idea, inculcarla en la razón, en la conciencia, en el corazón del pueblo, de todas las clases.

Hablaba al principio con lentitud, arrugando la frente en señal de impaciencia cuando la palabra no se presentaba, y haciendo ademanes airados cuando se embrollaba en un período, como si quisiera romper la red que la envolviera, y expresar su pensamiento á toda costa.

“En la gimnasia también—signió diciendo,—Italia ha hecho como en tantas otras cosas, por ejemplo, en la instrucción militar de los escolares: al principio mucho entusiasmo, del cual poco á poco se ha ido cayendo en el más vergonzoso olvido, hasta arrojar el ridículo sobre la idea y sobre sus

devotos. Á la gimnasia le ocurría algo peor.

„Habíase levantado contra ella é íbase engrosando un ejército de enemigos, de los cuales las autoridades escolares sufrían el influjo, de modo que la enseñanza tendía á ser una vana muestra, una miserable imposura, más aun, una abierta irrisión. La ignorancia, un vil miedo de peligros imaginarios, la indolencia nacional, la perfidia de ciertas clases interesadas, que con inaudita desfachatez achacan á la gimnasia las enfermedades y los defectos orgánicos de la juventud que ella debía corregir por deber de su instituto, todos se conjuraban á una. Y parecería cosa increíble si no se viera todos los días.—Enemigos de la gimnasia—dijo,—son cultos profesores, achacosos á los cuarenta años como octogenarios, precisamente por haber trabajado demasiado el sistema cerebral con daño de los músculos. Enemigas de la gimnasia son las madres de niñas sin sangre y sin nervios, futuras madres ellas de una prole infeliz, por no haber ejercitado nunca las fuerzas de su cuerpo. Enemigos de la gimnasia los padres de los muchachos que por exceso de trabajo mental, caen en la consunción, contraen terribles enfermedades cerebrales, se abandonan á la hipochondria y meditan el

suicidio. ¡Enemigos y escarnecedores de la gimnasia á miles, mientras la creciente facilidad de la locomoción y las redobladas comodidades de la vida tienden ya á hacernos inertes y flojos; mientras se recrudece la lucha por la existencia y se requiere á todos un mayor gasto de fuerza y de salud; enemigos de la gimnasia, cuando somos una generación misera, sin fibra y consumida, que llena los hospitales y los hospicios de deformidades y de dolores! ¡Qué ceguera! ¡Qué insensatez! ¡Qué vergüenza!

Las últimas palabras fueron acogidas con una salva de aplausos.

La Pedani recobró ánimos, y comenzó á hacer una comparación entre el descrédito y la frivolidad de la gimnasia en Italia con el honor en que era tenida en otras naciones.

Aquí cometió el error de extenderse algo demasiado en citas estadísticas, y en algunas partes se manifestó un principio de oposición.

Dos ó tres grupos de maestras se pusieron á cuchichear entre sí para distraer al auditorio.

Don Celzani oyó al maestro Fassi, que no miraba nunca á *la oradora*, exclamar dos ó tres veces con rabia:

—¡Está fuera del asunto! ¡Son cosas ya sabidas!—Una vez exclamó fuerte:—¡Vaya una novedad!

Tanto que muchos se volvieron.

Pero la Pedani salió á tiempo del mal paso, indicando las recientes fiestas de Francfort, con un período verdaderamente feliz, en el cual el auditorio vió por un momento la gran Palestra llena de la flor de la juventud germánica, y sintió que una racha de aquel gallardo entusiasmo pasaba por cima de sus cabezas.

Á la maestra se le encendía el rostro, desplegaba su voz con una sonoridad poderosa, cortaba los aires con sus ademanes, sin salirse de lo justo, con el vigor de una sacerdotisa inspirada.

Y se sentía toda su alma en aquella sincera elocuencia, se adivinaba toda su vida consagrada á una idea, una juventud que era como una larga adolescencia severa, libre de los sentidos, refractaria á todo género de afectación sentimental ó escolástica, sencilla de costumbres y de maneras, fortificada por el ejercicio continuo de las fuerzas físicas, cuyo efecto manifiesto eran su floreciente salud, la mente límpida y el alma recta y atrevida.

Y cuando para terminar en su último párrafo hizo pasar por el aula la figura del anciano Augusto Ravenstein, fundador del primer gimnasio en su pueblo, seguido del cortejo de los grandes maestros alemanes, bienhechores de millones de niños y beneméritos del poder y de la gloria de Alemania, estalló una fragorosa aclamación, que conmovió á la asamblea y á ella, interrumpiéndola un momento, en el cual se apretaron á su lado, cogiéndole los vestidos y cubriéndola de congratulaciones.

Desde este punto caminó con creciente fortuna hasta terminar.

Volviendo sobre el punto fundamental de su discurso, insistió en la necesidad de que todos los maestros se dedicasen á persuadir á las familias tanto como á enseñar á los alumnos. Á las maestras, más que á ningún otro, correspondía esta función; porque ejercida por las mujeres, tendría mayor eficacia la propaganda en favor de una disciplina, en la cual no pueden sobresalir, y que remueve la sospecha de la ambición.

“Dirijámonos á las madres, hagámosles ver, tocar con la mano los efectos maravillosos de la educación física, que son evidentes é infalibles como los resultados de una

ciencia exacta; persuadámoslas con los ejemplos vivos, con la ciencia, con el afecto, que la gimnasia es la fuerza y la salud, y que salud y fuerza son serenidad, bondad, valor y grandeza de ánimo. Y si no bastan el razonamiento y el ejemplo, supliquémosles, quitémosles de sus manos, con amorosa violencia, las niñas y los niños débiles y anémicos, exhortémoslas porque nos los dejen salvar de las enfermedades, de la infelicidad y de la muerte. ¡Oh! ¡Si á todas pudiéramos infundirles el indomable ardor que en nosotros existe! Y ante todo, tengamos fe en nosotros mismos, fe ardiente é invencible de que nuestra idea llegará un día á ser idea de todos, y que un nuevo sistema de educación, rehará el mundo. Sí. Lo creo, como creo en la existencia del sol que nos ilumina. Una nueva educación, fundada sobre un ejercicio perfeccionado de las fuerzas físicas de la infancia y de la juventud, ha de precaver innumerables miserias, economizará á la humanidad infinitos dolores, cortará mil vicios de raíz, facilitará á las generaciones el que sean más buenas, porque serán más fuertes, y más justas, porque serán más buenas; facilitará la solución de los grandes problemas en torno de los cuales se afanan inu-

tilmente ahora nuestras mentes enfermas y nuestras agotadas fuerzas. Yo creo, ¡oh colegas! en esta nueva humanidad, que elevará á los grandes apóstoles de la gimnasia, columnas de bronce; creo en ella, la veo, la saludo, la adoro, y quisiera que todos considerasen como la gloria más santa de la humanidad, la de vivir y morir por ella!„

Al oír este final se desencadenó una tempestad; todos se pusieron en pie batiendo palmas y gritando; la Pedani, pálida y conmovida, tuvo que levantarse tres veces para dar gracias.

Las últimas palabras fueron dichas verdaderamente con un vigor de entusiasmo no visto nunca, sacudiendo las fibras de todos.

Cuando parecía que la aclamación había terminado, se reprodujo; todos los amantes de la gimnasia femenina de la asamblea y de las tribunas estaban en conmoción.

Dos ó tres oradores que hablaron después, apenas si fueron oídos.

Cuando concluyó la sesión, estalló nuevo aplauso, y la Pedani bajó de su banco entre dos alas de gente que le sonreían y estrechaban su mano, en medio de una gritería ensordecedora de vivas y congratulaciones.

XXXI

La imagen de una criatura humana que en el umbral de un palacio encantado gozase de la última hora de dicha, antes de ser precipitada por escotillón en eterna cárcel, apenas basta para dar una idea del estado de ánimo con que el pobre secretario oyó aquel discurso y los aplausos, y vió ascender poco á poco la figura de la maestra hasta convertirse en verdadero gigante.

Cuando terminó el discurso, púsose él á mirar en derredor suyo, como si despertara de un sueño, y sintióse tan angustiado por la tristeza y lástima que por sí mismo sentía, que tuvo que hacer grande esfuerzo para contener el llanto.

En aquel mismo momento oyó que una voz conocida le llamaba:

— ¡Señor Celzani!—y volviéndose se encontró con el pequeño y redondo caballero Pruzzi, vibrando aún de entusiasmo.

—¿Ha oído usted, eh,—le dijo—qué maestras tenemos en Turín? ¡No se puede decir que el Municipio malgaste su dinero!

Y bien fuese por puro efecto del entusiasmo, ó que entrase por algo el arrepentimiento de reticencias meditadas, con las que, en aquella memorable ocasión, había tenido en sobresalto al secretario y arrojado un velo misterioso sobre la maestra, el hecho es que volcó el saco de alabanzas, deteniendo por la solapa á don Celzani que quería salir.

El no había sido informado—siguió—del pasado de la Pedani, hasta hacía muy poco tiempo. Contaba con una larga lista de méritos. Había prestado un servicio al proveedor de estudios de Milán, resistiendo con intrepidez á la población de un pueblo que no la quería porque la habían mandado de oficio, y obligándola á salir, había vuelto con la escolta de una compañía de cazadores, quedándose después sola y sosteniéndose con una firmeza admirable.

Habíase distinguido en la extinción de un incendio, en el municipio de Camina. Había, en el mismo ayuntamiento, salvado á un muchacho en un torrente, ganándose la mención honorífica del valor cívico.

—¿Qué le parece á usted?—dijo por último.—Ahora ha honrado á Turín, frente á toda Italia. ¡Es verdad que sufrimos mil impertinencias, y tenemos grandes *responsabilidades*; pero al menos alguna vez, somos recompensados! ¡Brava, brava, brava!

El secretario, sin embargo, no le hizo caso, y se largó en seguida. Bajó las escaleras medio entontecido.

En el átrio encontróse con una multitud en círculo, y pensando que en el centro estaría la Pedani, se acercó.

En efecto; era ella rodeada y festejada; bien pronto reconoció las plumas verdes de su sombrero.

Cuando se alzaba sobre las puntas de los pies para poder ver su cara, oyó detrás de sí la voz del maestro Fassi, y, volviéndose le vió que estaba declamando en un grupo con la cara lívida, retorciéndose rabiosamente los largos bigotes.

—En conclusión—decía—no ha hecho otra cosa que seguir el camino trillado. Grandes citas, gran retórica; ¡pero como ciencia!—Y la acusaba de plagio.—Vaya por las ideas;—gritaba pero si aun las mismas frases, hasta las palabras me las ha arrebatado, sin dignarse pronunciar mi nombre

soy capaz de deciros una por una las palabras, como si las hubiese impreso... ¡Diablo! ¡Vaya una desenvoltura! Fiáos de las conversaciones familiares. Ahora sí que estoy seguro de que se abrirá camino. ¡Ya vereis el ruido que hacen esos cretinos de periodistas! ¡Oh! ¡qué mundo de charlatanes!

La Pedani entretanto con gran trabajo iba logrando abrirse paso.

Cuando la multitud de admiradores se fué aclarando un poco, el ingeniero Ginoni avanzó con ímpetu, y le dijo apretando su mano:

—¡Sublime! ¡Casi me ha convertido, no le digo más!

—Luego se acercó para felicitarla, arrastrando sus pies, el caballero Borsetti. Luego apareció el director. No acababan nunca. Por último quedaron solo en torno suyo una veintena de maestras, mientras muchos otros se quedaban mirándola desde lejos; y entonces el secretario, sin ser visto, pudo contemplarla.

¡Nunca le pareció tan hermosa, tan resplandeciente y tan soberbia! Parecía que todo su cuerpo vibrase dentro de aquel sencillo y ceñido vestido negro, como si la agitasen una continua convulsión de los pies á la cabeza; el color sonrosado había vuelto á te-

ñir sus mejillas, aquel bello color de rosa delicado y difuso que sucede á la palidez de las grandes conmociones agradables y que es como el gozoso pudor de la gloria; su rostro expresaba la graciosa bondad femenina, que Celzani nunca había observado en ella, y que daba á sus ojos y á su boca y á toda su persona nueva fuerza de seducción.

Él la miró, estático, sobrecogido por extraño y doloroso sentimiento, como si ella estuviera ya alejadísima de él, más allá de un inmenso río, sobre la cúspide de una colina, detrás de la cual debiera desaparecer para siempre.

Cuando ella echó á andar con su pelotón de maestras, el secretario se escondió detrás de una pilastra.

Y desde allí pudo apreciar una escena inesperada.

Cuando la Pedani iba á poner el pie fuera del portal, apareciósele delante la maestra Zibelli, echándole los brazos al cuello, llorando y besándola muchas veces con ardor. Don Celzani no oyó sus palabras, pero comprendió entre nieblas que había sido vencida y que venía, movida por un impulso del corazón á rendir las armas y á pedirle perdón de algo. La Pedani la abrazó y aquella se

alejó enseguida, volviéndose para enviarle un saludo apasionado con la mano.

La Pedani salió á la calle, y él la siguió á mucha distancia.

Iba andando lentamente, precedida, flanqueada, seguida de una nube de maestras jóvenes, los satélites acostumbrados de los triunfadores, que le hacían en derredor con murmullo festivo, llamándole la atención de los coches que se venían encima y lanzando miradas aquí y allá, como para atraer sobre ella la atención de los transeuntes.

De vez en cuando iban despidiéndose una á una y llegaban otras que se unían al grupo. Dieron vuelta hacia la calle de Santa Teresa y siguieron adelante, á la derecha: el pobre Celzani siempre detrás.

Si, quería verla hasta el último momento: luego iría á recoger su ropa y partiría de Turín.

¿Para dónde? No lo sabía. Para Génova, quizá para embarcarse. Dios le guiara. Con tal de irse lejos á sofocar su pasión en una vida dura de trabajo; á olvidar, si le fuere posible, ó cuando menos, á no sufrir tanto. Porque, ciertamente, para la vida desesperada á que se veía reducido, no le bastaban ya las fuerzas del espíritu.

Y después de aquel triunfo, se sentía aún más indigno y, por decirlo así, más bajamente infeliz que nunca, porque antes solo había reconocido la diferencia exterior que entre ellos había; pero ahora la reconocía demasiado superior por su espíritu: ella, no sólo habíase elevado á sí misma á la gloria; habíale también precipitado á él en el polvo.

La veía dentro de pocos años célebre, buscada por todos, amada, casada quizá con un hombre guapo, ilustre y poderoso. Le parecía entonces una insensatez ridícula el haber osado pedir su mano, importunarla, arrodillarse ante ella y abrazarse á sus rodillas. Y precisamente este recuerdo, la sensación que de aquel abrazo se le despertaba, le quemaba la sangre y el cerebro.

Entre tanto, la devoraba con los ojos de lejos. Ora un coche, ora un grupo de gente la ocultaban al pasar, y al volver á presentarse ante su vista, le reaparecía más grande, más bella, más triunfante cada vez, para que la punta de la desesperación fuera entrando cada vez más adentro en su corazón lacerado.

Sus amigas la acompañaron hasta el portal.

Él se detuvo en la esquina de la calle de

de San Francisco. Desde allí esperaba verla desaparecer para siempre como en un abismo.

Pero cuando vió que sus amigas la dejaban y que ella entraba en casa, una resolución atrevida le lanzó, una necesidad irresistible de decirle adiós una vez más.

Se echó á correr, entró en el patio, se colocó detrás de una pilastra, y la vió encaminarse hacia la puerta interior y subir con paso lento, volviéndose de vez en cuando para mirar atrás, como si creyera haber perdido algo, ó se lamentase de haber perdido la compañía, y sintiera repugnancia, después de aquel ruidoso triunfo entre tanta gente, volver á casa tan sola por aquella escalera oscura y solitaria.

Se fué detrás de ella de puntillas, muy despacio.

Cuando llegó al segundo descansillo, no pudo contenerse, se acercó con ímpetu.

La Pedani se volvió, encontrándose uno frente á otro: ella en un escalón más elevado.

—¿Señor Celzani?—preguntó la maestra.

El secretario prorrumpió en sollozos, y murmuró:

—¡He venido á decirle adiós!

Mas antes de que acabase de decirlo, sintió una mano vigorosa en la nuca y dos labios de fuego en la boca; y el goce delirante que en aquel inmenso paraíso oscuro de donde se sintió redimido como de un torbellino, invadió todo su ser, é hizo que no pudiese articular más que un grito ahogado:

—¡Oh!... ¡Gran Dios!

